

# SAN TELMO EN EL REGRESO

Por VICTOR LUIS MOLINARI

Buenos Aires tuvo el privilegio de tener dos fundaciones. La primera para el bautismo y la segunda para la confirmación. Entre 1536 y 1580, entre el dolor de Don Pedro de Mendoza —Adelantado sufriente y muriente— y el capitán Don Juan de Garay, todo un esfuerzo y una esperanza rondó frente al río inmóvil que buscaba la certificación de su destino. Como ya dijera alguien las dos estatuas que marginan hoy ese recuerdo, la una frente a las barrancas del Parque Lezama y la otra en la plazuela frente a la Casa Rosada, dan el egido inicial de la ciudad que fue después barrio y que supo de las dos andanzas y malandanzas de los primeros conquistadores.

Sólo cinco años bastaron, en la aventura de la primer fundación, para confirmar que la vida en la ciudad hostilizada sería imposible. El mismo Irala baja desde el Paraguay y la ciudad es arrasada por los propios españoles. Corría el año 1541. Treinta y nueve años más tarde, Don Juan de Garay buscaría de nuevo la estrella por esos lugares signando otra vez a la ciudad y poniéndole por nombre el de Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires.

En ese mundo de pocas cuadras, el burgo fue cumpliendo su destino de vida y de muerte y acumulando las vivencias que darían perfil a la patria que nacía. Allí se cumplieron los actos más definitivos de nuestra nacionalidad. Y con el andar del tiempo, al sumarse los siglos —que también tenemos nosotros siglos pese a nuestra calidad de pueblos jóvenes— dio en llamarse al lugar Alto de San Pedro. Más tarde, la toponimia popular lo aquerenció con el nombre de San Telmo, beato insigne que ya tenía otras devociones marítimas en Malta, Arcachón y Nápoles.

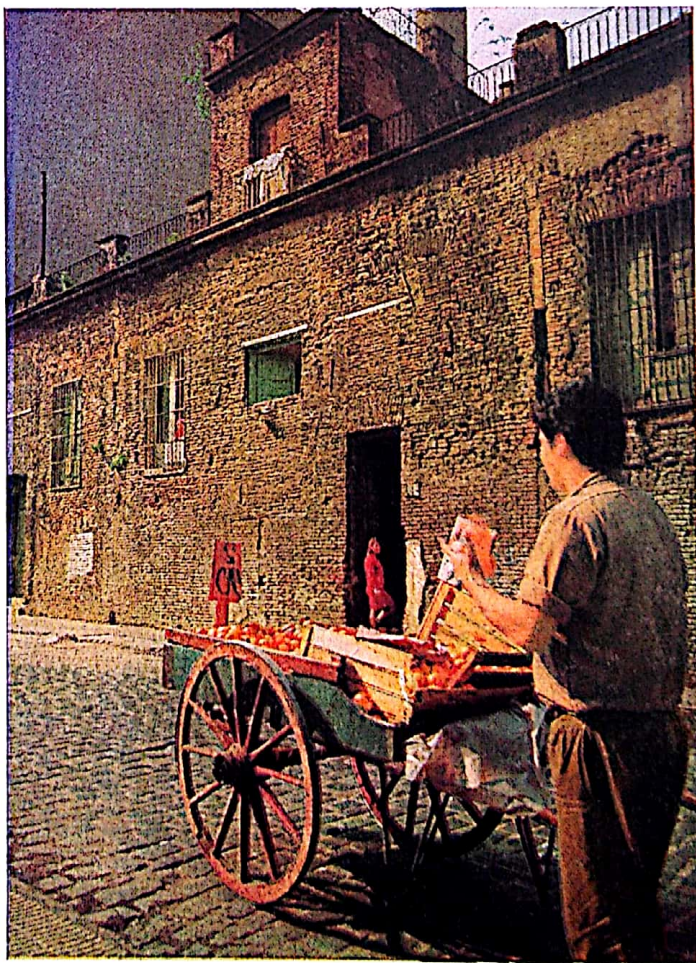
La ciudad fue así confirmando su destino y el Sur fue siendo una expresión valedera más allá de toda suerte conjetural. Sólo la sombra nefasta de la fiebre amarilla, con su

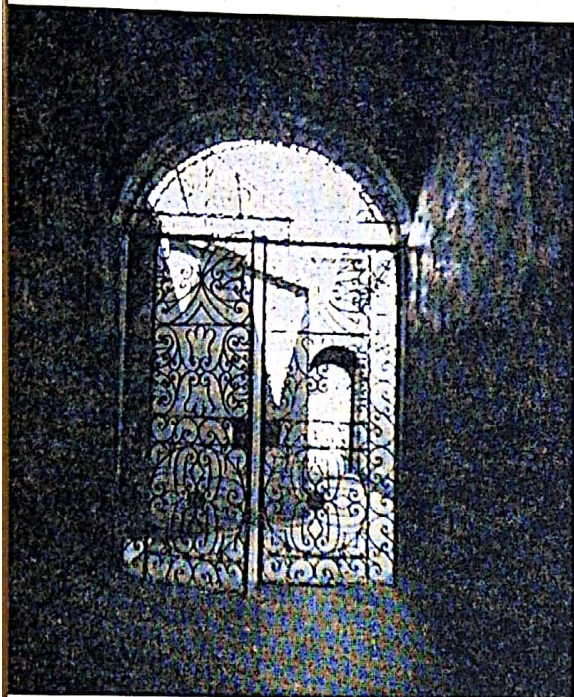
secuela de muertos y de heroísmos pudo quebrar la prestancia del barrio que vivió, él también, el éxodo y la saudade. La palabra puede ser usada porque luego de los ingleses y de los ligures que dieron prosapia al ámbito, los gallegos se hicieron también presencia honda en el devenir de sus días y de sus noches. Galicia, con su perfil de patria, no podía quedar ajena al barrio de San Telmo, que, sin quererlo o queriéndolo, fue algo así como la escarapela de nuestra nacionalidad.

Todo el trasfondo lírico de nuestra

personalidad de pueblo transitó por las calles santelminas. Desde el dolor y el asombro de las invasiones inglesas, con su Defensa y su Reconquista, hasta el grito de Mayo y luego la Independencia. Y más tarde el airón rojo de la mazorca con sus estribillos y su pasión motinera entre caudillos iracundos y exiliados románticos.

San Telmo fue, es y seguirá siendo, sin él mismo proponérselo, un poco el otro lado de la anécdota. Precisamente por estar cuajado de anécdotas. Sólo en sus calles se tiene esa sensa-





ción de patria que da el estilo colonial. Así como el gótico y el barroco marcan una época, el colonial da en San Telmo un ramalazo y un airón de viejas vivencias. Sin haber transitado por sus calles soledosas en busca de lo diferencial porteño, nunca se podrá saber a ciencia cierta qué es Buenos Aires. Este misterio demasiado trajinado hoy por la Rosa de los Vientos, que se rie del Norte de la brújula y persiste con su Sur plenipotente; con su Cruz del Sur sin calvario y sin espinas.

Cada rincón es un recuerdo. Allí estaba la casa de la "sargento" Martina Céspedes en Humberto Iº frente a la Iglesia y al lado de la escuela Guillermo Rawson, primitiva Facultad de Medicina. La anécdota es conocida. Martina Céspedes y sus tres hijas hicieron pasar a doce ingleses, durante las invasiones, por la puerta de su negocio y aprovechando la circunstancia de que estaban semiebrios, los fueron reduciendo. Lo que no se cuenta, generalmente, es que al entregar a los prisioneros, éstos fueron solamente once, dado que uno de ellos se casó luego con la menor de las hijas.

En paseo Colón, cerca de Belgrano, estaba la cueva de Ramos y en Independencia hacia Paseo Colón viejas casas y viejas calles zigzaguean siguiendo el curso de un arroyo que fue entubado. Allí está —hablar de distancias en San Telmo es un contrasentido— detrás de Santo Domingo, el Pasaje 5 de Julio, entre muros con tiempo y ausencias inolvidables. En ese lugar estaba la antigua Aduana cuando aún el puerto no tenía mue-

lles y debía bajarse en canoas que acercaban a los navíos.

La vieja plaza de la Residencia, actual plazita Dorrego, donde se demoró el Canto al Trabajo de Irurtia —que vivió allí "cansado" buscando el espacio abierto que le diera aire y perspectiva— sigue estando en Defensa y Humberto Iº. Por esos lugares nuestra infancia feliz supo de las primeras miradas al asombro. Es quizás la plaza más europea de toda la ciudad. Algún día tendrá el entorno que la misma se merece. Puertas y ventanas, ángulos y esquinas, luces y sombras y la chiquillería siempre alerta, hacen del lugar un trasfondo de emoción perpetua. Raquel Forner sabe de su magia dado que allí mantiene incólume el taller que compartiera con su compañero Alfredo Bigatti, el de difícil olvido. Gabino Ezeiza solía acercarse a su misterio de luna y de sol sobre todo en algunos días de verano cuando la concurrencia era más segura. Su voz cálida y varonil dio el eco de sus improvisaciones conocidas. Por eso se habló de colocar allí un busto a su memoria, idea que por lo visto es uno de los tantos olvidos de Buenos Aires.

En Bolívar 568 nació González Carbalho, poeta hondo y grave, fiel al barrio y a su manera. Y en Venezuela 469 estaba la casa de Liniers, que se conoció antes como la casa del Virrey Cisneros; en 1806 Beresford firmó en ella la rendición. Por su parte, en la esquina de Chile y Balcarce, desde el balcón que da a la calle Chile, Lavalle arengó a las tropas que derrocaron a Dorrego.

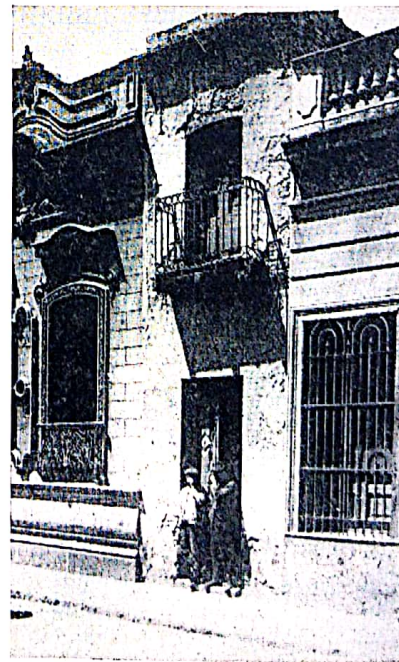
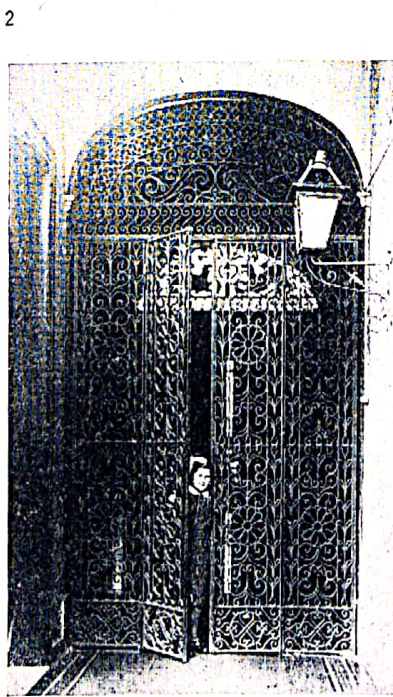
Si pasamos por Defensa al 350 nos encontramos con la casa de Rivadavia.

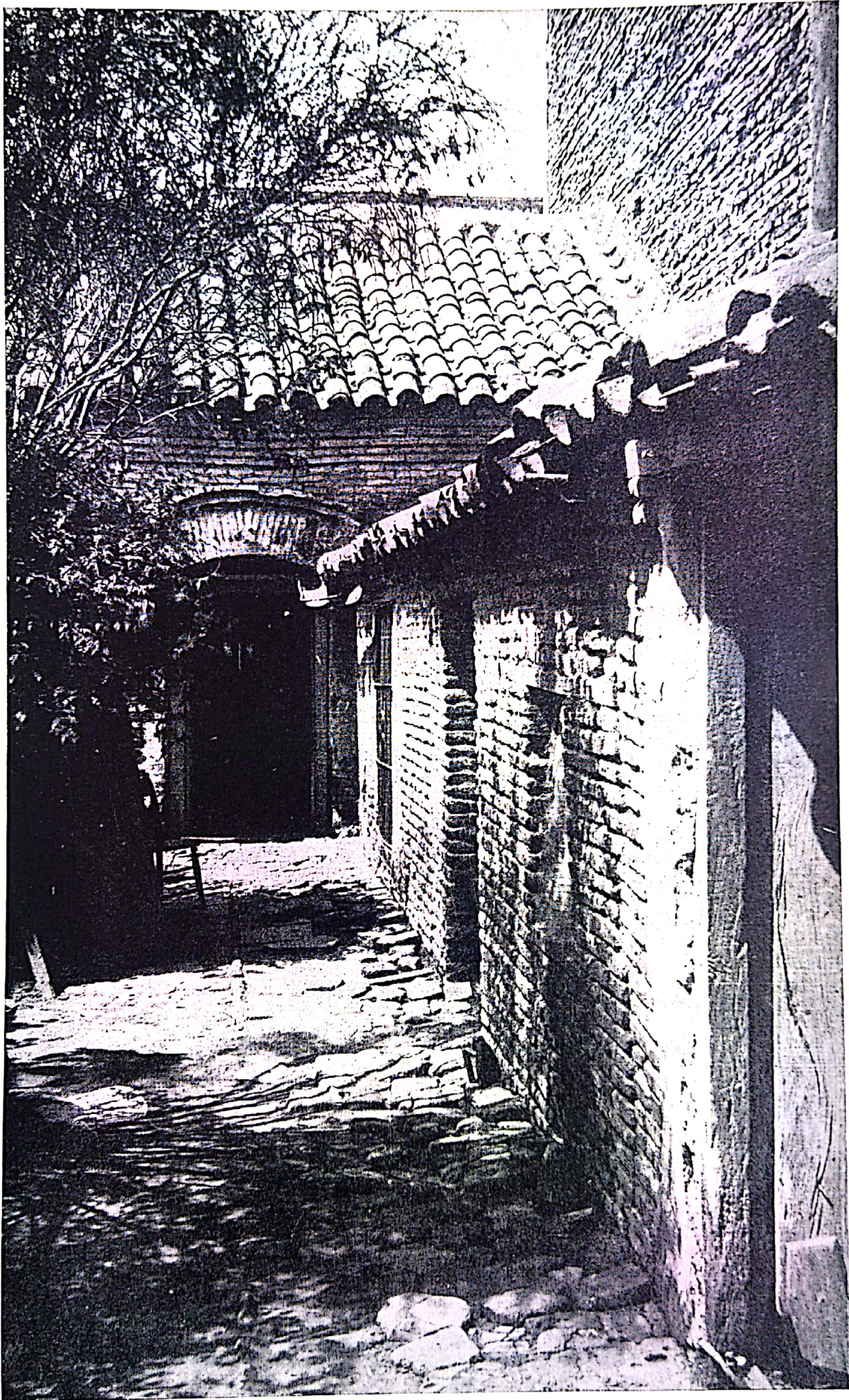
Una placa recordativa alerta al transeúnte desprevenido. El portalón ancho y los patios con cielo llevan a la reflexión. Pero un conglomerado de negocios inesperados afean la entrada y le quitan intimidad. Pensemos que es la casa que habitó Bernardino Rivadavia, el primer presidente de la República. Y veremos entonces que si eso está así, otros olvidos son más perdonables.

En Humberto Iº y Balcarce estaba y está el Patronato de la Infancia con sus corredores hóspitos; fue antiguo Hospital de Hombres donde se internaron la mayoría de los afectados por la fiebre amarilla.

En la manzana delimitada por las calles Paseo Colón, Humberto Iº, San Juan y Balcarce, surgía el enterratorio de San Telmo. Hasta 1814 allí se enterraron los vecinos, si bien las actas de defunción suelen encontrarse en la parroquia de La Concepción. En la época de Rivadavia se ordenó el enterramiento en una franja cercana al Convento de los Recoletos, de donde deriva el actual nombre de Recoleta. En esas cercanías, en la calle Balcarce, aún puede verse la pulpería La Paloma, lugar de peréritos y con un nombre poético que es un mensaje.

El barrio trasciende todo él en patios con baldosas coloradas y zaguanes floridos que aún mantienen su puerta cancel de herrería. Los grandes macetones con geranios, helechos, Santa Rita, jazmín del país, cedrón, malvones, romero, ruda, toronjil y "otras yerbas" mantienen su vigencia de frescor sobre todo en los veranos bravos cuando la canícula pone su viento norte inquietante. Las orillas del río estaban allí nomás. Ellas tie-

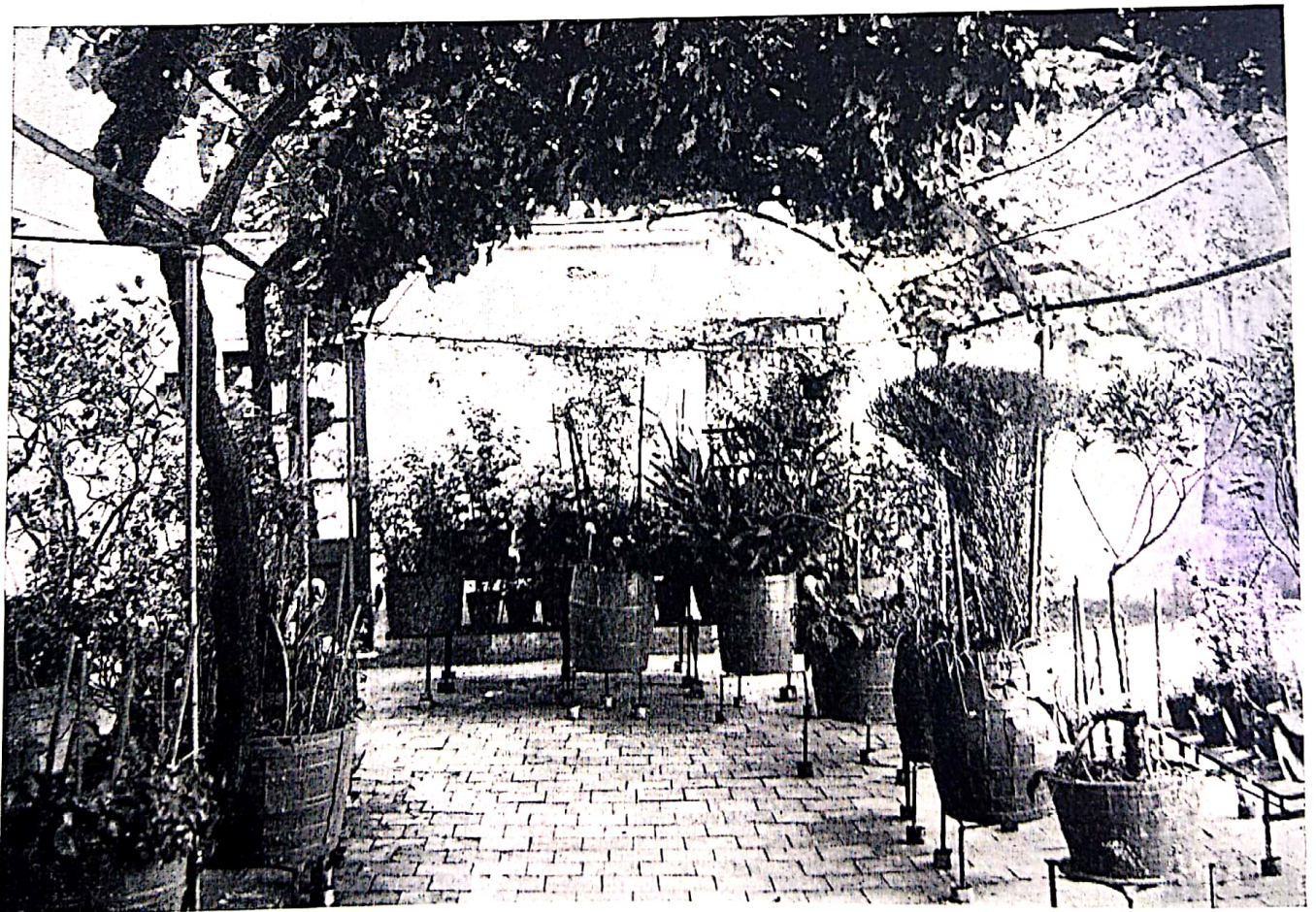






5

6



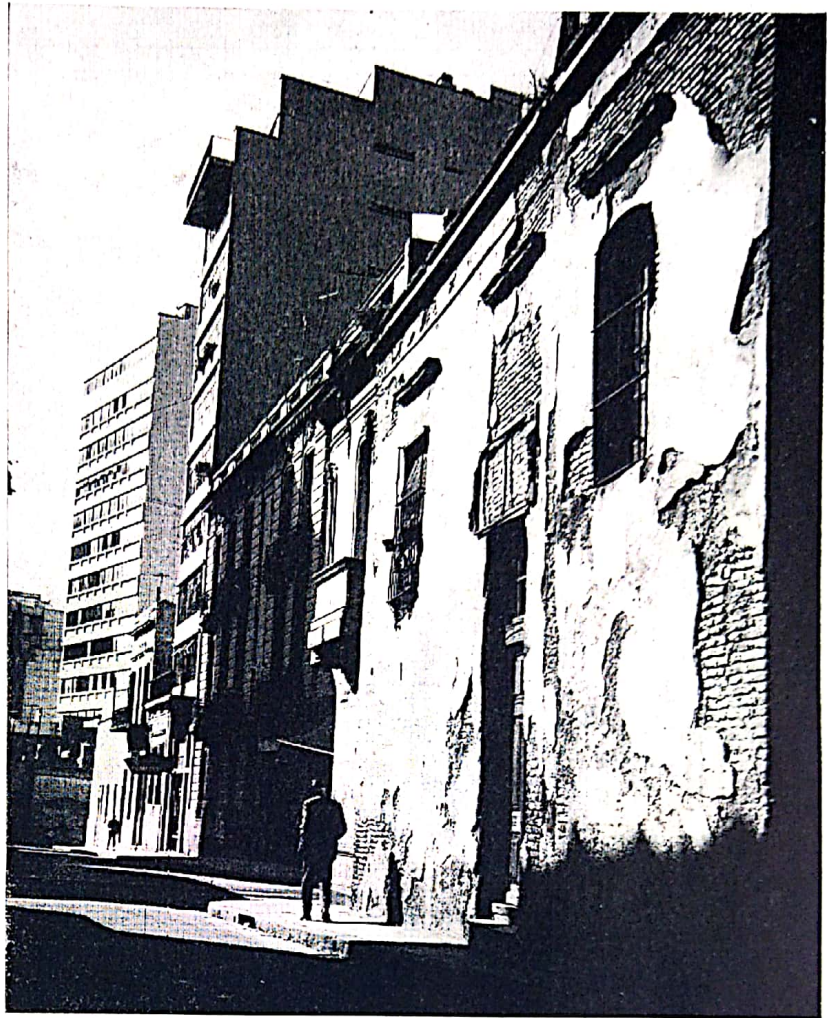
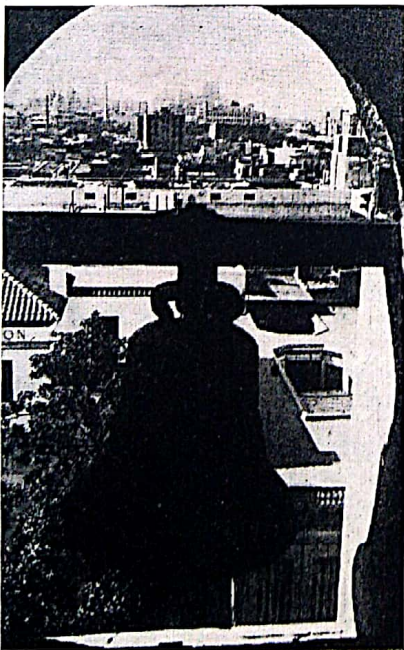
nen todavía el recuerdo de los vendedores ambulantes que pregonaban su mercancía más allá de todo alboroto. Algunos de esos decires y de esos cantares aún perduran en la memoria escrita. Que no es cuestión de perder la poesía popular que se adentra en la realidad de todos los días.

En los patios conversados las vecinas mantenían el jaulón con pájaros criollos donde nunca faltaba un "cardenal". El aljibe daba todo su perfil alado y mágico; perviven muchos con su orla de hierro trabajada que podría servir de decoración hippie. En Bolívar 1368, en Carlos Calvo 331, en San Juan 670, aún quedan aljibes floridos. Y si tenemos suerte, la inquilina de circunstancias nos recibe todavía sentada en su mecedora, con su pantalla de palma para espantar al verano intruso.

Todo este mundo quiere pervivir. Y se queja de que la piqueta antisentimental del progreso ciudadano no respete sombras ni personajes. Desde luego el barrio debe remozarse. Pero hay que cuidar un estilo que daría prosapia al mismo y conformaría una de las vivencias plenas de la ciudad; del corazón de la ciudad. Algo se ha hecho en ese sentido, máxime ahora que San Telmo se ha puesto de moda y mucha gente quiere vivir en él escapando un poco a los barrios creados con apuro, pero que están lejos del centro.

La República de San Telmo y el Ateneo Popular de San Telmo han buscado coincidencias en una labor de esclarecimiento y de reiteración afectuosa que suplirá muchas ausencias. Se impone un Censo Cultural Santelmino, de todos los nacidos en la ba-

7



8

riada y que se hayan destacado en las artes y en las letras. Y en el vivir y en el convivir, que todo es importante. Muchos serían los asombros inesperados. Y sobre todo mantener esa fluencia de argentinidad que nos hace distintos al caminar por sus aceras angostas, donde aún resuena el ruido isócrono de los organitos Rinaldi que ponían un aire verbenero en la fisonomía insólita del viejo barrio. Viejo barrio que mantiene incólume la prioridad de sus patios altos que muchos desconocen. La escalera de entrada de la casa se empina con escalones persistentes y desemboca en un patio alto, como si fuese una azotea. En la misma barranca se fueron creando las casas y para no igualar las alturas y evitar excavaciones se las construyó como si fuesen un alero.

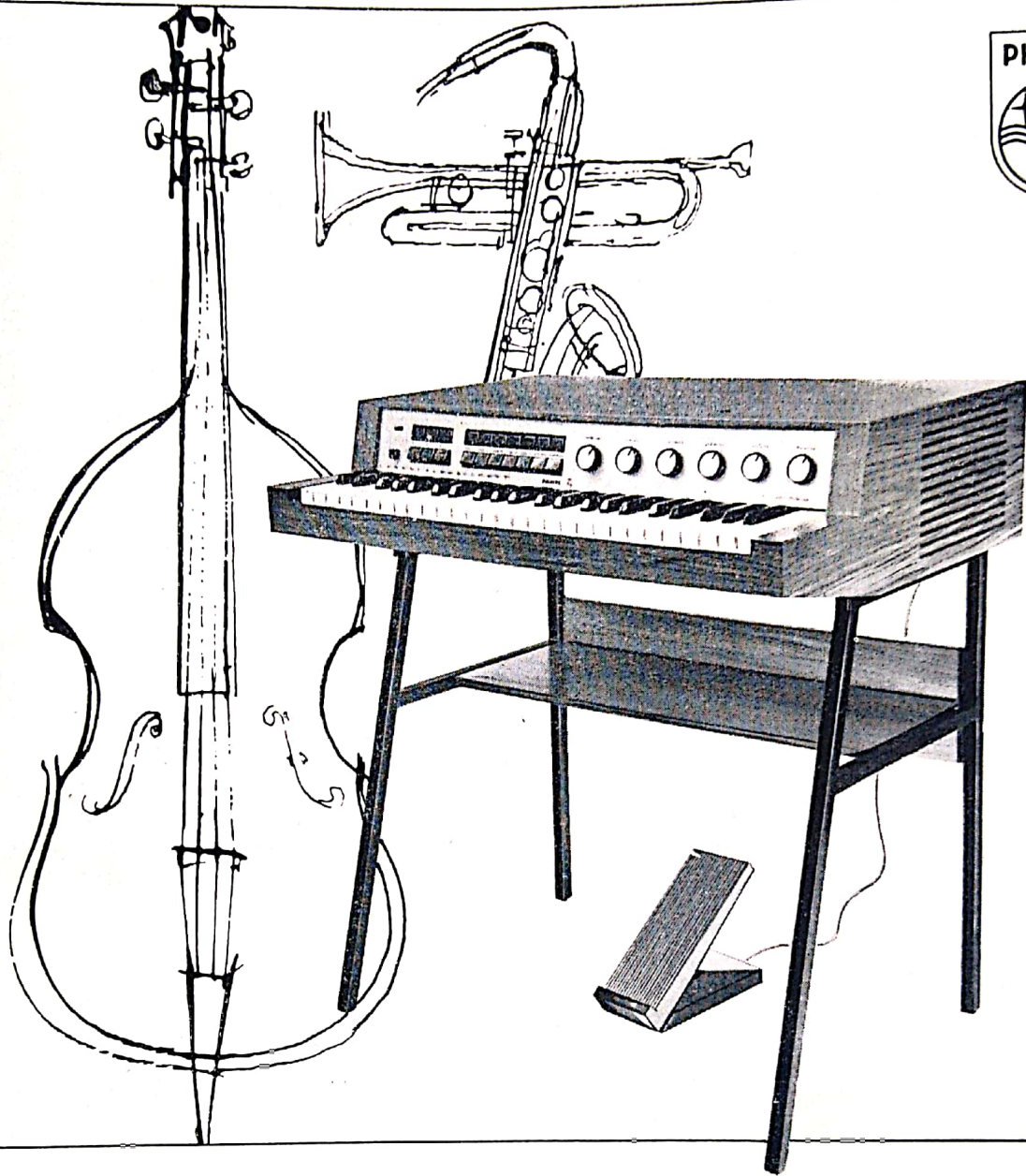
Entrar en uno de esos patios es recrear un capítulo de historia inesperada que es hermoso ratificar. O a veces rectificar. Porque todo ello está cerca del río insomne que sigue fiel a su destino de barrio, aunque los hombres lo hayan alejado cada vez más de sus límites. Patios que marginan casas que mantienen algunos frentes

llenos de angustia con sus ladrillos al aire y sus balcones con rejas afiligranadas.

En las noches altas del verano porteño, todo eso da un silencio acústico que acerca gestos heroicos y decisiones magnas. Con un viento que viene de lejos trayendo fragancias de jazmines y madreselvas, bajo un cielo de glicinas que frecuentó entreveros y acunó a la patria chica —que se hizo patria grande— en el devenir venturoso de los días.

Mientras tanto, San Telmo, siempre está regresando.

1. Balcarce al 500: insólita fisonomía, incólume prioridad de ladrillos al aire.
2. El barrio trasciende todo él en patios con baldosas coloradas, zaguanes que aún mantienen su puerta cancel de herrería
3. Cortada de San Lorenzo: la casa más estrecha de Buenos Aires (1930)
4. Patio de la casa de la familia Castellán. Independencia 373
5. Buenos Aires ayer: Tacuarí y Chile
6. 1922: patio interior de una casa de San Telmo
7. San Telmo 1929, desde el campanario de la Iglesia de San Ignacio
8. Esa fluencia de argentinidad que nos hace distintos al caminar por sus aceras angostas



Los que aman la música se enamoran del

*philicorda*

**PHILIPS**

Un instrumento superior para todo tipo de música.  
Sus posibilidades son realmente fascinantes.  
Sonidos exclusivos: hay más de 200 tonalidades  
diferentes en el Philicorda Philips.  
El método de aprendizaje es muy fácil.  
Dimensiones: Alto 81 cm., ancho 76 cms., profundidad 54 cms.  
Véalo y querrá tenerlo.